

bre los curas, religiosos, que sallan de sus conventos ó casas al amanecer, gastando el día en administrar los sacramentos, enterrar á los muertos y llevar la comida y remedio á los enfermos, ni volvían á sus casas sino al Ave María. Este continuado trabajo fué la causa de que muchos murieran. Cuántos hayan sido éstos, se ignora. Se sabe solamente que de los Padres Franciscanos murieron muchos, ocho de los Padres dominicos y uno que fué el Rector de los Padres Jesuitas. Y de verdad me es muy sensible que escribiendo la historia de México, no pueda dar razón individual de tantas víctimas de la caridad que nos dejaron tan buenos ejemplos. Es de notar que estos celosos ministros no fallecieron de peste, pues como antes dijimos, ningún español se contagiò sino de otra enfermedad parecida á esta, originada del excesivo trabajo y hálito pestilente de los enfermos

¡Sea cual fuere el nombre de esas víctimas sagradas, bendito sea! Erígense monumentos suntuosos á los conquistadores; se repiten de una en otra generación los nombres de los bárbaros, que por saciar la ambición ó la codicia, derraman la sangre de sus hermanos; apláudense los crímenes de los grandes

guerreros de oficio, hienas vestidas de hombres, asesinos con disfraz de galones, que en el vocabulario de los necios se llaman héroes, ¡y se condenan al olvido los nombres de los atletas de la virtud, que dan gustosos la vida por salvar la de sus semejantes! ¡y la posteridad tiene que preguntar en vano quiénes fueron los mártires de la caridad!... ¡Almas sublimes!, ¡piadosos desconocidos!, ¡gozad en vuestra esfera de soles la eterna recompensa debida á los grandes méritos! No habéis menester para vuestra gloria ni los mezquinos recuerdos ni los tibios homenajes del hombre; ¡mas plegue al cielo que vuestro ejemplo tenga siempre muchos imitadores!, ¡plegue al cielo que sepamos todos aprovecharnos de la lección que nos dáis en vuestra vida!

VIII

Nuevo Servicio.

Hubo antes, en 1545, otra peste, que también atacó solo á los naturales, y en los seis meses que duró, hizo desaparecer cinco partes de la población de esta

raza, aunque Dávila Padilla asegura que no fallecieron más que ochocientos mil individuos. En ella prestaron los dominicos los mismos servicios eminentes que en la referida poco antes. Además, en este año se señalaron por otra acción de más valía, que no debemos pasar en silencio.

Ya se ha dicho cuánto trabajó Fr. Domingo Betanzos por la libertad de los indios. Pero los insignes triunfos que alcanzó sobre los interesados en mantener la esclavitud, sólo sirvieron al principio para exacerbar las malas pasiones de éstos, y si bien pudo afirmarse que había salido vencedor en teoría, los encomenderos se encargaron de probarle que era fácil y hacedero frustrar sus miras en la práctica. Los repartimientos seguían en vigor, y conforme al antiguo sistema.

Verdad es que por influjo del venerable Las Casas, el emperador había prevenido en una ley "que se tuviera cuidado de que los españoles trataran bien á los naturales, pues eran tan libres como ellos; pero tanto ésta, como otras hidalgas disposiciones, eran eludidas por los encargados de cumplirlas, cediendo á las instancias de los muchos que pretendían seguir viviendo del jugo de las encomiendas. Ni aun la comisión del visitador Te-

llo surtió todos los buenos efectos que eran de esperarse.

No obstante, la ejecución de uno de los puntos que abrazaba, dió margen á un hecho que favoreció grandemente la causa de los naturales. El punto á que aludimos, era nada menos que la orden de convocar á los Obispos de la Nueva-España para que arreglaran lo que convenia al bien espiritual de aquellos infelices.

Juntáronse efectivamente en esta ciudad todos los Obispos, menos el de Chiapas, que ya lo era Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien el virrey Mendoza detuvo á algunas jornadas de aquí para sustraerlo á los insultos de los encomenderos, que le odiaban como á su mayor enemigo; y si bien es cierto que de esta junta, especie de concilio provincial, á la que concurrieron igualmente los superiores de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, nada resultó, desde luego, favorable á la mira con que se había convocado, todavía sirvió para mover la cuestión "de si era ó no, lícita la esclavitud de los indios," que se trató animosamente en otra conferencia posterior.

Tuvo ésta verificativo en el convento de dominicanos. No quiso el virrey que asistiesen á ella los Obispos, porque siendo protectores de ellos los encomenderos, se dijo que indudablemente resolve-

rían á su favor; pero si asistieron, además de nuestros frailes, muchos otros eclesiásticos de probada virtud y ciencia, y unánimes resolvieron que por ningún título era lícita la esclavitud de los mexicanos, y que á los que hasta entonces habían estado en ella, debía darsé libertad. “Esta decisión (dice el historiador antes citado) con aplauso de los naturales de Nueva-España, se publicó por toda ella, y aun por las islas, para que constara que cuanto en aquella materia habían ejecutado los españoles, era contrario al derecho divino y humano. A más de esto, los Obispos en las diversas sesiones que tuvieron, fuera de otras resoluciones que no pertenecen á esta historia, decretaron que los encomenderos negligentes en tener ministros eclesiásticos en sus repartimientos que enseñaran la doctrina cristiana y administraran los sacramentos á aquellos neófitos, fueran privados de sus encomiendas y compelidos á restituir todo lo que de ellos habían percibido, cuyo producto se aplicaría á la enseñanza de aquéllos y de otros indios.”

Tal era la ingerencia que por razón de su ministerio creían deber tener entonces los eclesiásticos en la política; tales los medios de que echaban mano para conciliarse el amor y la estimación de los pueblos; tales las armas que juzgaban lícito

y conveniente blandir contra los gobernantes para obligarlos á entrar en el sendero de la justicia. ¿Quién hubiera sido osado á tacharlos en su conducta, de parcialidad vituperable? ¿Los movía algún sentimiento bastardo? Pero su interés personal y de corporación hubiera ganado más en ponerse del lado de los encomenderos. ¿Tenían mucho que esperar de los mexicanos? Al contrario; debían estar convencidos que si por ventura llegaban éstos á sublevarse contra el poder colonial y á obtener un triunfo, quedarían ellos asimismo envueltos en la ruina común. De esta manera, su interés, su tranquilidad y aun su vida, estaban vinculadas en el interés, la tranquilidad y la vida de sus compatriotas. ¿Cuál era la razón de su apego á los indios?

¡Sólo la caridad!

IX.

Fr. Domingo de Santa María

Sí, la caridad!... La fe hace mudar de asiento las montañas; con la fe dirá el hombre á este monte arrójate al mar, y le obedecerá! pero la caridad amalgama todas las naciones para formar una sola,

CAPITULO DE FONSIÑA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tiende los brazos á todas las razas, por incompatibles que parezcan, para estrecharlas á su seno de madre, brinda á todos los pueblos los tesoros de su amor para encerrarlos en una sola familia, la humanidad: ella transforma el mundo viejo en mundo nuevo: al mundo tiranía substituye el mundo libertad; al mundo miseria y abyección, el mundo bienestar y riqueza; y al mundo ignorancia y caos, el mundo pensamiento y esplendor!

La caridad así comprendida era lo que constituía el ser moral é intelectual de nuestros primeros misioneros. De aquí ese celo inaudito con que trataban de abarcar al hombre en todas sus relaciones, y seguirle en todas las situaciones de la vida para derramar en cada una un beneficio; de aquí ese empeño altamente fecundo que convertía al misionero en instrumento de la creencia religiosa y en obrero de la civilización. Vémoslo prácticamente en Fr. Domingo de Santa María.

Bien así como Betanzos y Las Casas son los políticos por excelencia, de la Orden dominicana, el personaje de que vamos á hablar es el tipo social más acabado de que, con justicia, puede gloriarse. Nada se sabe de sus primeros años: todo lo que ha llegado á nuestra noticia, es que fué natural de Jerez de la Frontera,

y que en su juventud vino á México con su familia, que se avencindó en esta capital. En ella vivieron con honra y distinción, merced á su buen comportamiento, siendo el joven uno de los que en su clase se aventajaban en decencia y apostura.

Con tan buenas prendas estaba muy bienquisto en la sociedad, y en su porvenir le esperaba sonriendo amorosamente la fortuna; pero he aquí que cuando la vida le ofrecía más halago y seducciones, toma súbitamente la resolución de encerrarse en el claustro, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para apartarle de su idea.

Dos años después, le vemos convertido en un fraile austero y riguroso consigo mismo, mas al propio tiempo, indulgente y amable con los demás. Imagináronse todos que la finura de sus modales, su porte caballeroso y la estrecha amistad que le ligaba con personas de alto puesto, le hacían á propósito para residir en la ciudad, donde su permanencia podía ser provechosa á su convento: así era la verdad; pero él abrigaba pensamientos más nobles, aspiraciones más encumbradas, y profesando en toda su extensión el principio de que nadie es apóstol entre los suyos, solicita y obtiene del superior el permiso de ir á establecerse en el con-

vento recién fundado de Yanhuitlán, pueblo de la Mixteca.

Su primer cuidado allí es aprender la lengua de los naturales, en cuyo estudio llega á hacer tales progresos, que en breve no sólo fué capaz de enseñarla, sino de reducirla á reglas, y escribir en ella un tratado de la doctrina cristiana.

Una vez dueño de este vehículo, para comunicar sus ideas, comienza desde luego la serie de sus tareas evangélicas y la divulgación de los conocimientos y doctrinas que dan por resultado suavizar las costumbres, y mejorar la condición social de aquellos pueblos. El fué quien los instruyó en el modo de criar la seda, conociendo la buena disposición del clima para esa suerte de industria, y plantó él mismo é hizo plantar los morales, cuyo cultivo se esmeró en enseñar teórica y prácticamente. Perfeccionó, además, el de los nopales, y señaló los medios más á propósito para multiplicar los ganados. En una palabra, ofreciendo en una mano el alimento del espíritu, y en la otra el pan del cuerpo, transformó en pocos años el lugar de su residencia y toda la comarca, en un jardín delicioso, en una magnífica alquería.

Sin embargo, algún tiempo después, acatando una orden de su Prelado, y electo Prior de este convento, tuvo que de-

jar á Yanhuitlán, con gran sentimiento de los moradores, y volvió á México, dónde residió hasta su muerte, que se verificó siendo provincial. No hace muchos años todavía, recordaban los pueblos de la Mixteca con efusión de gratitud, el nombre de su buen padre Fr. Domingo de Santa María.

X

Fr. Bernardo de Minaya

Observó muy bien el gran Humboldt, que los hijos de esa comarca son inteligentes, activos é industriosos, y esto se debe en parte á los dominicos que se establecieron en ella, los cuales convirtieron sus moradas en otros tantos focos de ilustración y de cultura.

Apóstol no de la Mixteca, sino de la Zapoteca, que linda con ella, fué el P. Minaya, y en su conducta no se desvió ni un ápice de la observada por el buen religioso cuya vida acabamos de bosquejar. Mas por cuanto se advierte una semejanza casi completa entre una y otra, excusaremos pormenores acerca de la del P. Minaya, y sólo referiremos un inciden-

CAPITULO DE FONSIÑA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

te ocurrido en su viaje á los lugares donde iba á doctrinar.

El lector verá con gusto en este episodio la parte que cupo á los niños indios en la destrucción de la idolatría, y en la propagación del Evangelio. Pero cedamos el puesto al P. Motolinía, contemporáneo del suceso:

“Vino aquí á Tlaxcallan un fraile domingo llamado Fr. Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados á la provincia de Oaxyecac (hoy Oaxaca): á la sazón era aquí en Tlaxcallan guardián, nuestro padre de gloriosa memoria, Fr. Martín de Valencial, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algún muchacho de los enseñados, para que los ayudase en lo tocante á la doctrina cristiana.

“Preguntados los muchachos si había alguno que por Dios quisiese ir á aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos é hijos de personas muy principales: al uno llamaban Antonio; éste llevaba consigo un criado de su edad, que decían Juan, al otro llamaban Diego; y al tiempo que se querían partir, díjoles el P. Fr. Martín de Valencia:

—“Hijos míos, mirad que habéis de ir fuera de vuestra tierra, y váis entre gente que no conoce aún á Dios, y que creo que os veréis en muchos trabajos: yo

siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aun tengo temor que os maten por esos caminos; por eso antes que os determinéis, miradlo bien.

“A esto, ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo, respondieron:

—“Padre, para eso nos has enseñado lo que toca á la verdadera fé: ¿pues cómo no había de haber entre nosotros quien se ofreciese á tomar trabajo para servir á Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios; y si él fuere servido de nuestras vidas, ¿por qué no las pondremos por él? ¿No mataron á San Pedro crucificándole, y degollaron á San Pablo, y San Bartolomé no fué desollado por Dios? ¿Pues por qué no moriremos nosotros por él, si él fuere servido?

“Entonces, dándoles su bendición, se fueron con aquellos dos frailes, y llegaron á Tepeyacac, que es casi diez leguas de Tlaxcallan. En aquel tiempo, en Tepeyacac no había monasterio como le hay ahora, más de que se vistaba aquella provincia desde Huexotzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeyacac, é iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos.

CAPITULO DE LOS DOMINICOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. O. R. L. I.

“Luego, aquel padre Fr. Bernardino Minaya envió á aquellos niños á que buscasen por todas las casas de los indios los ídolos, y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres ó cuatro días, en los cuales trajeron todos los que podían hallar. Y después apartáronse más de una legua del pueblo, á buscar si había más ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca: al uno llamaban Quauhtinchan, y al otro, porque en la lengua española no tiene buen nombre, le llaman el pueblo de Orduña, porque está encomendado á un Francisco Orduña.

“De unas casas de este pueblo sacó aquel niño, llamado Antonio, unos ídolos, é iba con él el otro su paje, llamado Juan: ya en esto, algunos señores y principales se habían concertado de matar á estos niños, según después pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses.

“Vino aquel Antonio con los ídolos que traía recogidos del pueblo de Orduña, á buscar en el otro que se dice Quautitlán, si había algunos; y entrando en una casa, no estaba en ella más de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo; y estando allí, vinieron los indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan

que había quedado á la puerta, y al ruido salió luego el otro Antonio, y como vió la crueldad que aquellos sajones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo:

—“¿Por qué me matáis á mi compañero, que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos los habéis, tomadlos allá, y dejad á ese que no os tiene culpa.

“Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traía. Y acabadas de decir estas palabras, ya los indios tenían muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que allí también le mataron. Y en anocheciendo tomaron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal (otro niño de quien se hablará más adelante), y lleváronlos al pueblo de Orduña y echáronlos en una honda barranca, pensando que echados allí nunca de nadie se pudiera saber su malhad; pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarlo, y el fraile Bernardino Minaya encargólo mucho á un alguacil que residía en Tepeyacac, que se decía Alvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos, pusieron grande diligencia; porque cuando en Tlaxcallan se los dieron, ha-

bíanles encargado mucho á aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcallan, que se llamó Xicotencatl, que fué el principal señor que recibió á los españoles cuando entraron en esta tierra, y los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotencatl y Maxiscatzin mandaban toda la provincia de Tlaxcallan, y este niño Antonio había de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor, que se llama D. Luis Moscoso.

“Parecieron á los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por donde habían ido, y en dónde habían desaparecido, y luego supieron quién los había muerto; y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habían muerto; pero dijeron que ellos los habían muerto, y que bien conocían el mal que habían hecho, y que merecían la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que no los matasen.

“Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traídos, los enterraron en una capilla, en donde se decía la misa, porque entonces no había iglesia.

“Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y más por lo que había de sentir el padre Fr. Martín de Valencia, que tanto se los había encargado cuando se los dió, y pare-

cióles que sería bien enviarle los homicidas y matadores, y diéronlos á unos indios para que los llevasen á Tlaxcallan.

“Como el señor de Cuauhtinchan lo supo, y también los principales, temiendo que también á ellos les alcanzaria parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro á un español que estaba en Cuauhtinchan porque estorbaba que los presos no fuesen á Tlaxcallan; y aquel español comunicólo con otro que tenía cargo de Tlaxcallan, y partió con él el interés, el cual salió en el camino é impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de los solicitadores, porque á los españoles aquel alguacil fué por ellos, y entregados á Fr. Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores, como se supo luego la cosa en México, envió la justicia por ellos, y ahorcáronlos. Al señor de Cuauhtinchan, como no se enmendase, más añadiendo pecados á pecados, también murió ahorcado con otros principales.

“Cuando Fr. Martín de Valencia supo la muerte de los niños, que como á hijos había criado, y que habían ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como á hijos, aunque por otra parte se consolaba, en ver que había ya en esta



tierra quien muriese confesando á Dios; pero cuando se acordaba de lo que le habían dicho al tiempo de su partida, que fué:—¿Pues no mataron á San Pedro y á San Pablo, y desollaron á San Bartolomé, pues que nos maten á nosotros no nos hace Dios muy grande merced?—no podía dejar de derramar muchas lágrimas."

En este hecho observamos dos cosas: la imprudencia de Minaya en alejar de sí á los niños para que desempeñasen una comisión de suyo peligrosa, y la reprehensible falta de respeto al domicilio de los naturales. Mas de ningún modo debemos imputarlas al religioso, que en todo era guiado por la más sana intención, sino á las ideas generalmente recibidas entonces, y que formaban esta pauta invariable para la conducta así del fraile como del gobernante; por alcanzar la conversión de los infieles no hay que excusar medios, pues todos son lícitos y todos se justifican.

En cambio, este mismo P. Minaya hizo mucho bien en la Zapoteca, donde misionó, y fué uno de los que cooperaron con más empeño á la grande obra de la libertad de los indios, yendo á Roma según dijimos, á conseguir la bula que los declaró racionales y capaces de sacramentos.

## XI

## Bibliografía

Mas, ¿á qué extremo iríamos á dar si dejando correr la pluma, guiada por la admiración, pretendiésemos reseñar la vida de tantos buenos religiosos, como ilustraron la orden de Santo Domingo en los primeros tiempos de su fundación en nuestro país? Los dos últimos tercios del siglo XVI forman en la historia del convento el período de su mayor esplendor, su edad de oro. Referir no ya los sucesos históricos enlazados con su existencia ó determinados por la propagación de su doctrina, sino meramente los hechos privados de sus hijos, los triunfos alcanzados en sus predicaciones, las conquistas de su ciencia sobre la ignorancia y la barbarie, la vida, digámoslo así, individual, doméstica de la orden; referir solo esto, decimos, es materia de una labor especial que no emprendemos por no desviarnos de la senda, que seguimos, y que daría por fruto algunos interesantes volúmenes. Mas á pesar de esta consideración, no es dable pasar en silencio los nombres de varios religiosos que á los merecimientos de los que se

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

distinguieron en el apostolado, supieron unir la gloria de producir obras con que se honra nuestra literatura, para lo cual fueron movidos, no por la vanidad, sino por el deseo de ser útiles, participando á la sociedad los conocimientos adquiridos á fuerza de estudio y pacientes investigaciones. He aquí un catálogo de esos hombres beneméritos:

Fr. Benito Fernández.—Escribió un tratado de la doctrina cristiana en lengua mixteca.

Fr. Pedro de Feria.—Compuso una obra á que dió por título: **Confesionario Zapoteco**.

Fr. Diego de Carranza.—Nos dejó un tratado de la doctrina cristiana en lengua Chontal.

Fr. Diego de Santa María, que fué provincial, imprimió en lengua mixteca la doctrina cristiana y las epístolas y evangelios, que en opinión de su biógrafo "fué la luz que han tenido los predicadores de aquella nación."

Fr. Diego Durán, hijo de México, escribió dos libros, uno de historia y otro de antigüedades mexicanas, que es, según Dávila Padilla, la cosa más curiosa que en esta materia se ha visto; y aunque no llegaron á imprimirse en su totalidad, parte de ellos lo fué ya en la

**Historia natural y moral de Indias**, del Padre José Acosta.

Fr. Alejo García.—Imprimió en México el **Calendario Perpetuo**.

Fr. Juan de Córdoba.—Escribió vocabulario de la lengua zapoteca.

Fr. Francisco Alvarado.—Idem, vocabulario mixteco.

Fr. Antonio de los Reyes.—Imprimió Gramática de la Lengua Mixteca, con algunas curiosidades importantes para entender la cuenta de los años y tener luz en las historias de los indios.

Fr. Luis Rengino.—Supo las lenguas mexicana mixteca, zapoteca, mije, chichona y tarasca, y escribió en ellas algunos tratados sobre diversas materias.

Fr. Antonio Dávila.—Escribió una buena gramática de la lengua mexicana.

Fr. Agustín Dávila Padilla, hermano del anterior, nació en México el año de 1562, siendo sus padres D. Pedro Dávila y Da. Isabel Padilla.—Beristáin nos da acerca de él las siguientes noticias.

A los dieciséis años de edad recibió en la Universidad Literaria el grado mayor de maestro en artes, y á pocos meses, el hábito de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que había hecho, por haberle Dios librado de perecer bajo las ruinas de una casa. Fué lector de Filo-

CAPITULO DE CONFESIONARIA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sofía y Teología en los colegios y conventos de Puebla y de México. El introdujo la costumbre de que sus hermanos en América llevasen el rosario descubierto por encima del escapulario, lo que no usan los dominicos de Europa. Su doctrina, celo y elocuencia le merecieron del Rey Felipe III los títulos de su predicador y cronista de las Indias, y últimamente la mitra de la iglesia primada de Santo Domingo, á donde pasó ya consagrado en 1601. Gobernó su iglesia cuatro años, habiéndose distinguido por su caridad y por haber vivido como religioso en una celda del convento de su Orden. Murió este digno prelado en la corta edad de cuarenta y dos años, en el de 1604.

Tenemos de su pluma.—**Historia de la Provincia de Santiago de la N. E. del Orden de Santo Domingo**, impresa en Madrid en 1596, reimpresa en Bruselas, 1625, fol. y en Valladolid 1634. De la primera edición es el ejemplar que posee la Biblioteca de nuestra Universidad. Escribió también "Historia de las antigüedades de los Indios." Manuscrito que cita el P. Franco en su "Segunda Parte de la historia de la Provincia de Santiago del Orden de Predicadores de la N. E."

El estilo de Dávila Padilla es sencillo,

natural y á veces ameno; en su lenguaje campea la soltura y gallardía de la buena locución del siglo XVI. La primera de las obras suyas que hemos enumerado, y es la única que conocemos, está reconocida por nuestros literatos como una de las fuentes de la historia nacional. En el mismo caso se halla la crónica de la provincia de Chiapas y Guatemala del P. Remesal. Esta, sin embargo, será consultada con más fruto por el que aspire á hacerse dueño de buenos y amplios datos acerca de la historia general de México.

En cuanto á las producciones de los demás religiosos que figuran en el catálogo antecedente, no hay más que advertir, sino que puestas á un lado las obras ascéticas, sólo hemos llamado la atención hacia las que tratan de arqueología y lenguas indígenas. La razón que para ello nos asiste, se comprende fácilmente. Sin pretender apocar las obras del género mencionado, en primer lugar, hemos creído que interesará más generalmente tener noticia de las colocadas en segundo, por cuanto los estudios filológicos y de antigüedades están destinados á hacer un papel muy importante en las investigaciones sobre el origen y emigraciones de las razas primitivas de nuestro continente.

CASINO DE DONSA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. R. L. I. B. R.

Por otra parte, ellas indican la naturaleza de las labores secundarias que tomaban á su cargo nuestros misioneros, en las cuales se advierte desde luego un objeto de utilidad práctica é inmediata, como era, posesionarse de la lengua de los naturales para ponerse en contacto más íntimo con sus necesidades y remediarlas, al paso que sujetándola á reglas gramaticales, y ordenando sus elementos en forma de diccionarios ó vocabularios, la salvaban de una ruina inminente á causa de la destrucción progresiva de los que la hablaban, y la transmitían en toda su pureza á las generaciones futuras.

Remontándonos á la edad que tenemos á la vista, ¡cómo se agrada el alma en presenciar la aplicación de las facultades intelectuales y materiales que condujeron á ese resultado! Parécenos asistir á las escenas encantadoras motivadas por las primeras predicaciones evangélicas en el país. ¡Qué cuadros tan risueños!, ¡qué sencillez de costumbres!, ¡cuánta elevación en medio de la simplicidad y la pobreza! Ved ahí al misionero en medio de los neófitos; es el pastor rodeado de su grey. Acaba de hacer una conquista, la de su corazón, no para sí, mas para el cielo; acaba de obtener un triunfo

espléndido, reducirlos á la vida civil, tener reunidos en un solo pueblo á hombres que no ha mucho habitaban en las gargantas de los montes, ó en el laberinto de las cañadas, guarecidos en chozas miserables, contentos en su aislamiento, sumergidos en el fango de la superstición, y que no buscan la sociedad de sus hermanos sino para tener cómplices en las prácticas abominables de la idolatría. Pero el Ministro de paz goza en tenerlos á su lado, como un anciano patriarca al verse en medio de su numerosa descendencia, y ellos poseídos de un sentimiento generoso, gustan el mismo placer tranquilo que el viandante á la sombra de un árbol hospitalario. Ya experimentan ese bienestar inefable que trae consigo la adquisición de la verdad; ya ven ensancharse el horizonte de la vida, cuando escuchan de labios del apóstol los mágicos acentos de una religión sublime, que establece como uno de sus principios cardinales, el amor. El, entre tanto, modesto y diligente, laborioso como el ciervo activo del Evangelio, siembra y cultiva en un mismo terreno el árbol que da la vida y la tierna planta que perfuma la existencia temporal; pone en manos del indio el libro sagrado que encierra un bálsamo divino para curar las heridas de

la humanidad, y el arado civilizador con que obligará á la tierra á ser más pródiga de sus tesoros; muéstrale la senda que conduce al empireo, y se la cubre de rosas; alecciónale en sus deberes de ciudadano; estudia sus costumbres, conserva fielmente sus tradiciones, y recoge una á una las voces de su lengua, para formar con ellas un tesoro que confía á un libro. ¿Se extrañará ahora que con esos méritos se haya granjeado su cariño? ¡Con una conducta semejante, no causan asombro las maravillas de Orfeo! Y cuando se reflexiona que estos hechos tuvieron por teatro una naturaleza virgen, fecunda, vigorosa y llena de encantos; cuando se piensa que el actor es un hombre separado millares de leguas de su país natal, ajeno de todo interés que no sea el de practicar el bien, y resuelto á sacrificarse por llevar adelante su misión bienhechora, entonces la admiración sube de punto, se aplauden tan nobles determinaciones y se siente un placer entrañable en pagar un tributo de gratitud á la fuerza celestial que las dictaba.

No hay que dudarle el dedo de Dios selló la época en que brillaron nuestros primeros apóstoles. Su historia es un poema, pero un poema en que la realidad

hace las veces de ficción; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza excepcional y animados de un espíritu angélico. El libro de su vida es el libro de la inmortalidad. Nosotros hemos recorrido sus páginas de oro: ¡qué torrente de luz!, ¡cuánto amor!, ¡cuánta enseñanza!, ¡qué modelos tan acabados de desprendimiento y noble desinterés!... ¡Y quién ha podido hacer olvidar acciones tan meritorias!, ¡qué mano fatal ha cubierto con un velo sombrío esas efigies glóricas!, ¡por qué todo lo humano decae y degenera!, ¡qué maldición oculta pesa sobre las instituciones más benéficas!, ¡por qué la relajación traidora se inocula en ellas y las carcome y disuelve como un humor corrosivo!, ¡por qué se introduce insensiblemente el abuso como un reptil venenoso hasta en el sagrario de la virtud!

¡Almas leales!, hombres de corazón limpio, que no podéis hallar solaz en un mundo donde todo es parodia y corrupción, que apartáis los ojos con tristeza de las sociedades degeneradas, que no veis en los institutos monásticos ni la sombra de lo que fueron, venid! Diga-  
mos á Dios al presente, y cruzando por entre las ruinas de los siglos, lleguemos

CARLOS ALEJANDRO DE BRUNO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. N. L. I. B. R. O.

á la infancia de una orden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazón que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del río que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hacia la vecina montaña, de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cauce, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del río, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII

El Ilmo. Sr. D. Francisco Naranjo

Pero avancemos algún tanto más, y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la Orden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla, sucedía la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caía en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el desec de amortonar tesoros: ya no basta el pan de cada día; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese más y más el anhelo por los bienes inestables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrían, llamaba la atención: era el de la prosperidad material. Balbuena decía entusiasmado al observarla:

“Su templo, casa y su riqueza admira.”

CAPITULO DE FONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. C. R. L. I. B. R. A. R. I. A.